

Un recuerdo para Pita

ELISA LOZANO

*A Héctor,
por mostrarme otra cara de Pita Amor.*

El *still* marcado con el número 145, y firmado por Isaías Corona, corresponde a un fragmento de la película *Cadetes de la naval* (Fernando Palacios, 1944), que abordaba la participación de México en la Segunda Guerra Mundial.

Los actores posan un poco rígidos ante la cámara del fotógrafo. Son Ricardo Montalván y Abel Salazar. Con sus impecables uniformes de marino rodean a la escotada Chela Castro. Los acompaña una hermosa mujer de enigmática sonrisa. Sí, esa que parece mirar al infinito con sus grandes ojos claros, la que sostiene en su mano —de forma singular— un cigarro montado en una larga boquilla, la de la piel blanquísima y tersa, la de los brazos adornados con ricas pulseras. Sí, ésa, la del peinado alto, arreglado con velos; la de los labios carnosos, que enfundada en un vestido de seda oscuro cruza sus torneadas piernas *sin medias*. Ella, que no es otra que Guadalupe Teresa Amor Schmidlein, mejor conocida con el nombre de Pita Amor, la inquietante poeta que en su azaroso recorrido por el mundo del arte sucumbió —sólo un instante— a la fascinación del cine, en una época en que éste introducía al país casi tanto dinero como la industria petrolera o la metalúrgica.

La imagen permite intuir por qué Pita fascinó a poetas y pintores: a Alfonso Reyes, Diego Rivera, Alfonso Michel, Raúl Anguiano, Roberto Montenegro, Juan Soriano y un sinnúmero de varones de todas las edades y profesiones. No en balde, cuando Elena Poniatowska, su sobrina, le preguntó sobre el asunto, Pita contestó sin pudor: “Mira, toreros, cinco; escritores, seis; banqueros, siete; aristócratas, tres; pintores, cuatro; médicos, ocho” (“Los crímenes de Pita Amor, III”, *La Jornada*, 12 de mayo de 2000).

Pero ese instante congelado revela también la dualidad de una mujer-personaje que se autoconstruyó tan bien que llegó a creerse cuasidiosa, y cómo no, si ante su figura todos se rendían. Señal de ello es que el personaje que interpreta en la cinta se llame “Vertiginosa”, así, como ella, quien decía:

Soy vanidosa, déspota, blasfema, soberbia, altiva,
[ingrata, desdeñosa,
pero conservo aún la tez de rosa [...].
Soy dueña de las montañas, de los astros y los soles
De mapas y mirasoles, dueña soy de mis pestañas,
de mis lúcidas hazañas, del fuego de mil crisoles,
de ruedos con toros y oles y del viento de las cañas.

Pese a todo, el mito en torno a la Amor y sus vanidades, excentricidades y tragedias va mucho más allá, y es que, como señala Poniatowska, “Pita es importante para las generaciones venideras porque rompió esquemas al igual que otras mujeres de su época que fueron catalogadas de locas; los casos de Nahui Olin y de Pita Amor son emblemáticos. El rechazo y la censura las volvieron cada vez más contestatarias y las dos hicieron del reto y de la provocación su forma de vida” (Poniatowska, *op. cit.*).

Por ello y por muchas razones más, no le faltó razón a Pita cuando dijo: “Soy terca, loca, desquiciada, pero a la eternidad ya sentenciada”. ~



*Soy dueña del firmamento, porque lo miro en aumento.
Soy dueña de los espejos porque plasmo sus reflejos.
Soy dueña del universo, porque lo invento en mi verso.*

Pita Amor nació el 30 de mayo de 1917 en la Ciudad de México, donde murió el día 8 de ese mismo mes en el año 2000. Según sus propias palabras, fue poeta desde que nació rodeada de las nueve musas. Poseedora de una memoria excepcional y de un notable manejo del verso, tuvo como maestros a Xavier Villaurrutia y Enrique González Martínez. Pita nunca pasó desapercibida, por su talento, belleza y excentricidad. Actuó también en la cinta *El que murió de amor* (Miguel Morayta, 1945). Entre sus libros publicados están *Puerta obstinada* (1948), *Círculo de angustia* (1948), *Polvo* (1949), *Décimas a Dios* (1953), *Sirviéndole a Dios, de hoguera* (1958), *Todos los siglos del mundo* (1959) y *Soy dueña del universo* (1984). En prosa publicó *Yo soy mi casa* (1946) y *Galería de títeres* (1959). La fotografía que incluimos aquí pertenece al Fondo Heriberto Jara Corona del Archivo Histórico de la UNAM-Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación. Los versos citados son fragmentos de "Letanía de mis defectos", extraídos de una entrevista que le hiciera la actriz Ofelia Medina, y del artículo de Elena Poniatowska.